

país era reconocido, no justificaban el acto que tenia todos los visos de intervencion en favor de un partido hostil á otro, cuando existia entre las dos Repúblicas un tratado en que se estipulaba la paz y amistad, y solamente podia ser legalmente autorizado un acto que tendiera á romper las relaciones, mediante una declaracion de guerra. Los norte-americanos no tuvieron más fundamento para creer sospechosos á los buques que anclaron en Anton-Lizardo, si no fué el haberse negado á izar bandera cuando el castillo la pidió, y aunque ha sido costumbre que los buques nacionales que pasan frente á una fortaleza muestren su bandera, la vez que ha dejado de observarse esa cortesía no ha dado origen á que los neutrales la consideren como ofensa ú hostilidad. La marina norte-americana no podia abrigar dudas acerca de la nacionalidad ú objeto de los buques destinados al servicio de Miramon y que hacia tiempo eran esperados, y para esa marina nada tenia que ver el que Juarez hubiera declarado piratas á los buques reaccionarios, cuya declaracion no era suficiente para que las potencias marítimas los declararan como tales; aun cuando eso hubiera obligado á los oficiales de la marina del Norte á inquirir el verdadero carácter de tales buques, en ningun caso pueden justificar la manera de hacer la inquisicion: ésta debió haber sido á la luz del dia, con bandera enarbolada y pidiendo la nacionalidad por medio de las señas acostumbradas; pero la hora elegida y el modo de presentarse fueron un abuso de la fuerza sobre la debilidad, y no solamente se usó de las sombras de la noche, sino que avanzaron cautelosamente los tres buques que tomaron parte en el combate y la «Saratoga» no enarboló bandera alguna. Es de advertir tambien que el derecho de registro y visita no puede ser ejercido sino en tiempo de guerra y sujetándose á las leyes internacionales, y cuando los procedimientos del que ataca á otro por pirata no son justificados se está obligado á indemnizar daños y perjuicios. El fallo de la corte del distrito de Nueva-Orleans declarando ilegal y atentatoria la captura de los buques mandados por Marin, y disponiendo que le fueran devueltos, no obstante la aprobacion dada al acto por el Ejecutivo, son pruebas inequívocas de la injusta agresion; las reclamaciones sobre indemnizacion no fueron tomadas en consideracion por la Corte á causa de haberlas retirado los interesados.

Los sitiadores de Veracruz prosiguieron sus trabajos y ninguna fuerza salió de la plaza á hostilizarlos, á no ser pequeñas guerrillas. La idea de formar una fusion aun era sostenida por la fraccion que del partido moderado quedaba, y por los propietarios que buscaban la manera de tener siempre llenas sus cajas, sin que faltaran en los fusionistas muchas personas verdaderamente patriotas y deseosas de la paz, aunque equívocas en cuanto á encontrar las causas únicas que podian producirla de un modo permanente. Los partidarios de la fusion lograron inclinar el ánimo de Miramon para que dirigiese al gefe de la plaza D. Ramon Iglesias una comunicacion, en que ofrecia seguir el camino más racional que se le indicara para obtener la paz y poner un término á la guerra civil, en contestacion fué enviado el acuerdo de Juarez nombrando comisionados para que se entendieran con otros por parte de Miramon; pero el avenimiento no fué posible, tomándose como debilidad el paso dado por el gefe reaccionario. Despues de reunirse los comisionados y de haber formado el proyecto de armisticio para suspender las hostilidades, se separaron para presentarlo á sus respectivos comitentes y para pensar la redaccion que se debia poner á la cláusula difícilísima en que se determinaba consultar el voto nacional acerca del modo de terminar la guerra civil. Segun lo convenido entre los comisionados, habian de mediar en las negociaciones para celebrar

un armisticio general en toda la República, los ministros de los Estados-Unidos, Inglaterra, Francia, España y Prusia, quienes determinarian lo que debiera resolverse en cuanto á los tratados celebrados con las potencias extranjeras por cada uno de los gobiernos, siempre que éstos no se pusieran de acuerdo para tenerlos por válidos y estables; la base de que debia partirse era que solamente la Nacion podia decidir sobre los puntos que actualmente dividian á los mexicanos. En esta parte se encontró el grande obstáculo, pues Juarez manifestó que estaba dispuesto á hacer todo lo que fuera compatible con los deberes y compromisos que le imponia la Constitucion de 1857, y lo que resolviera un Congreso electo segun ella y que en consecuencia no podia aceptar el proyecto sino con modificaciones que completamente alteraron la esencia del avenimiento, pues queria que las cuestiones pendientes se resolvieran segun marcaba dicha Constitucion, y tampoco aceptaba la mediacion de las potencias extranjeras. Por su parte Miramon rehusó pasar por estas modificaciones que en último término no traerian otro resultado que la retirada del ejército sitiador y el compromiso de la reunion de los comisionados para arreglar el armisticio mientras se reunia el Congreso constitucional, sin obtener garantía alguna acerca de los intereses de su partido y del término de la guerra civil. Así terminaron las conferencias y tuvo lugar el bombardeo enteramente inútil, si no se llevaba el objeto de hacer alarde de fuerza contra los propietarios de las fincas en Veracruz.

Los sitiadores arrojaban bombas sobre la plaza que contestaba principalmente con un cañon rayado que regaló el fabricante Jarvis; el bombardeo siguió sin interrupcion desde el 15 hasta el 20 y al siguiente dia fué levantado el campo sitiador, calculándose que sobre la plaza fueron arrojadas cinco mil balas y quinientas bombas, y los sitiados lanzaron seis mil granadas. Entre los reaccionarios el general de artillería D. Santiago Cuevas dirigió las baterías, pero colocadas sobre los médanos que son colinas de arena de poca resistencian, se perdía mucho tiempo en nivelar las esplanadas y reponer las averías. Acto de verdadera crueldad fué el bombardeo de Veracruz, porque sabia Miramon que despues de la pérdida de la escuadrilla no contaba con elementos suficientes para determinar la rendicion de la plaza; primeramente Miramon aparentó que atacaria por obligar á los sitiados á un avenimiento, y despues se vió comprometido á cumplir sus amenazas. Los baluartes, las obras exteriores, las lanchas hicieron nutrido fuego cuyo estruendo estremeció la tierra por cinco dias. El 20 en la noche se organizó una columna, pero el asalto no llegó á efectuarse y los batallones se retiraron al amanecer, y habiendo fracasado esa tentativa quedó resuelta la retirada. El número de bajas en las tropas de Miramon fué considerable, mientras que en el interior de la plaza fué relativamente corto; la mayor parte de la poblacion se refugió en Ulúa ó en los buques extranjeros anclados en Sacrificios; en esta isla formaron tiendas de campaña con las velas de los buques, para más de ochocientas personas que allí encontraron víveres hasta que terminaron las hostilidades. Las enfermedades que aquejaban á las tropas y la falta de víveres y forrajes indispensables para la prolongacion del sitio, el no ser posible el asalto, y la captura de los buques en Anton-Lizardo que trajo consigo la pérdida de una parte considerable de los elementos ofensivos con que contaba el ejército de Miramon, fueron motivos para la retirada que éste tuvo que efectuar, pero en cambio disminuyeron mucho el bochorno proveniente de tal suceso, tomando ya la guerra civil cierto carácter de nacionalidad, abultado y comentado por los periódicos conservadores. Miramon levantó el campo el 21 de Marzo, despues de haber dirigido sobre Veracruz las

últimas bombas y casi todas las balas rasas y regresó por Jalapa; volvieron los reaccionarios á ocupar sus líneas de Orizava y Jalapa, hostilizándolas los jarocho que les obligaron á quemar varios carros é inutilizar algunos cañones por falta de mulas para conducirlos.

La retirada del ejército de Miramon causó, por necesidad, contrarios efectos en los partidos, pues aunque el reaccionario la esperaba, recibióla con dolor profundo puesto que era la tumba de sus esperanzas, en tanto que el liberal veía en ella casi realizados sus deseos al eclipsarse la gloria militar de Miramon. Aquella retirada traía envuelta la ruina del partido conservador que había encontrado alguna vitalidad en los sucesos de Anton-Lizardo que entibieron á muchos constitucionalistas: el ministro de la Guerra, Corona, dió cuenta del resultado de la campaña y de las causas imprevistas que la habían hecho fracasar. Desde entónces ya no pudo quedar esperanza alguna al partido conservador, del cual se desprendieron grandes porciones á engrosar las filas de los liberales, aun aquellos que poco ántes los habían combatido usando toda clase de armas, y así fueron aproximándose los últimos momentos del dominio del clero y del ejército, clases que todavía hicieron esfuerzos para arrancar dones á la fortuna y á la victoria laureles. Mientras en el Oriente pasaban los acontecimientos referidos, en el Interior seguían alternándose los triunfos de unos y otros; en Oaxaca continuaba el memorable sitio; en la frontera del Norte y en Chihuahua, eran perseguidos los ciudadanos norteamericanos por Carbajal y Cajen, al grado de haber mandado el Presidente Buchanan que penetraran las tropas de los Estados-Unidos al territorio mexicano, y las dificultades en esta materia eran sobrellevadas con tino por el Sr. Juárez, que volvió á enviar al Interior de general en jefe á D. Santos Degollado.

Miramon regresó á México, y en el tránsito fué recibido por todas las autoridades de su partido con más agasajo que cuando bajó á Veracruz; pero el jóven general procuraba ya escusar los honores que en aquellas circunstancias parecían reproches y terrible burla; sus esperanzas aun tuvieron vida al saber que había sido nombrado embajador de España en México D. Joaquin F. Pacheco, adicto al protectorado español y por lo mismo afecto al partido conservador. El 7 de Abril (1860) llegó Miramon á la capital: salieron á recibirle hasta el Peñon los ministros, las comisiones del Consejo de Estado y del Ayuntamiento, y porcion de amigos; las calles del tránsito fueron adornadas con cortinas y por todo el rumbo de San Lázaro se agolpó la multitud ansiosa de ver al gefe que, no obstante sus recientes desgracias, aun conservaba bastante popularidad para conmover con su presencia las masas; no faltó la funcion de iglesia para «dar gracias,» los repiques y las salvas. Pero ya los movimientos de los constitucionalistas manifestaban que habían aprendido en los reveses la manera de darlos: á principios de Abril había entrado Gonzalez Ortega á Aguascalientes, retirándose el general Ramirez amagado por las tropas de Uraga, que se reunió con Zaragoza cerca de San Luis; Ortega pasó á Zacatecas mientras el general Ramirez se había dirigido al Fresnillo y ya iba Uraga á concentrarse en Zacatecas cuando el general Diaz de la Vega, que salió á batirlo, fué derrotado en Loma Alta cayendo sobre él varias secciones de los liberales, quedando prisionero el gefe reaccionario en union de otros, y en consecuencia fué evacuada la plaza de San Luis, cuando ya desbordada la revolucion las ciudades que no eran tomadas por los liberales se encontraban sitiadas por ellos.

El tono que el Presidente Buchanan seguía empleando respecto de México y las Repúblicas hispano-americanas, era tan desdeñoso como ultrajante y ofensivo á todas

las naciones civilizadas y aseguraba que los dueños de esclavos tenían hácia éstos derechos naturales é imprescriptibles. Estuvo á punto de estallar un conflicto á consecuencia de las recriminaciones dirigidas por el gobierno norte-americano á España y las protestas que el ministro de ésta y otras naciones hicieron á causa del choque nocturno de Anton-Lizardo. El gobierno frances, á semejanza del ingles, dió instrucciones á su ministro en México para que intentara la pacificacion proponiendo un armisticio y que se llamara una Convencion nacional, sin tocar el asunto de la intolerancia religiosa; pero Juárez seguía firme en no aceptar la intervencion de potencias europeas que tan solo desconfianzas podían inspirarle, por las inclinaciones tan marcadas que manifestaron hácia los reaccionarios.

Después de la accion de Loma Alta, expidió Uraga una proclama en que alababa la generosidad y nobleza de los vencedores; un decreto dado por el general en jefe Degollado confirmó el nombramiento hecho en el general Uraga para cuartel-maestre del ejército constitucional. Decretada por el gobierno liberal la enajenacion forzosa de los bienes del clero y habiendo la mayor libertad para la denuncia, de todas las poblaciones de la República se apresuraron á practicar en Veracruz un acto que daba el derecho exclusivo á redimir las valiosas fincas del clero en los lugares ocupados por la reaccion; por lo mismo muy pocas fincas quedaron sin ser denunciadas, lo mismo que los capitales impuestos á censo, debiendo perder su dinero los que las compraran al clero y los adjudicatarios que las hubieran devuelto. En cambio, habiendo levantado los constitucionalistas el sitio de Oaxaca, se tomó ese hecho por los reaccionarios como augurio feliz de una nueva era y de la posibilidad de que reapareciera la série de triunfos que habían de conducirlos al dominio de la sociedad. El sitio que en aquella ocasion sufrió Oaxaca durante noventa y ocho días, fué uno de los renombrados que registra nuestra Historia: lo sostuvo el gefe José María Cobos con tres mil soldados contra un número casi doble de sitiadores; en esa vez mostró Cobos valor, actividad y resolucion; hizo fortificar la ciudad, reunió con tiempo víveres y continuamente hacia salir guerrillas á repelerlos; en hornos que estableció fueron fundidas algunas piezas de artillería, y dispuso la construccion de granadas, balas de cañon y de fusil y pólvora; auxiliado por sus partidarios recibió cápsulas y otros útiles de guerra de que en la misma plaza no podía proveerse, y con su serenidad sostuvo el espíritu de sus subordinados. Mucho ayudó á Miramon la circunstancia de haber llamado la atencion del gobierno de Veracruz el sitio de Oaxaca, en cuyos alrededores no quedaron sino campos talados, fincas incendiadas. Uno de los que mostró más energía en el sitio fué el gefe Trejo, quien ántes, siendo liberal, había dado pruebas de su constancia en el memorable sitio de Perote.

Pero grandes masas de constitucionalistas se preparaban por todas partes para caer sobre las poblaciones que aun estaban en poder de los reaccionarios, quienes para hacer frente á la situacion ya no encontraron más recurso que el de los préstamos, sin que produjera á Miramon resultado alguno la ley que dió para la enajenacion de los bienes de corporaciones civiles. Rodeada Guadalajara por los liberales, al mando del Sr. Ogazon, creyó difícil defenderla el general Woll y quiso entregar el mando al general Espejo. Para auxiliar esa plaza y tambien con objeto de combatir á tanto enemigo partió Miramon á la campaña á principios de Mayo, (1860) llevando por principal objeto batir las fuerzas que mandaba el general Uraga; dejó al Sr. Muñoz Ledo, presidente del Ministerio, encargado del despacho de los negocios, y el jóven general llegó felizmente á Querétaro, no obstante que el camino del Interior estaba lleno de guerrillas;

concentró en esa ciudad las tropas de los generales Mejía y Castillo y avanzó á Irapuato y Salamanca, en tanto que Uruga se situaba en San Felipe y enviaba una parte de sus fuerzas á Guanajuato dejando las demas en Silao. Lleno de ansiedad estaba en México el público por los acontecimientos que con extremada rapidez se sucedian y por los que se esperaban.

Miramón resolvió dirigirse sobre Silao para atacar las fuerzas de Uruga y este jefe retrocedió hasta Leon, situó el grueso del ejército y sus trenes en Lagos y procuró atraer á sus contrarios al punto llamado Cerro-Gordo, en donde se creyó que daría la batalla. De tal manera desarrollaba Uruga sus operaciones que no se podía calcular ni con aproximación de exactitud cuáles eran sus intenciones, y como los reaccionarios no podían desmembrar su ejército, tenían que modificar su plan á cada paso. Así fué Miramón avanzando hácia Guadalajara, amagada por Uruga que procuraba alejarlo de la brigada Ramirez, dejándola aislada entre fuerzas contrarias muy superiores á la suya; pero Uruga cometió la falta de atacar á Guadalajara, llevando cercano á retaguardia á Miramón. Las tropas con que asaltó Uruga esa ciudad el 25 de Mayo, (1860) ascendían á siete mil guerreros, comprendidas las de Jalisco, y la defendían cerca de tres mil soldados. Uruga fué herido en un muslo y hecho prisionero; á la una de la tarde del mismo día se presentó Miramón y contribuyó á uno de los episodios más interesantes de la guerra de tres años, á causa principalmente de las esperanzas que infundió al partido reaccionario y del golpe que recibieron los constitucionalistas, tanto más rudo cuanto era más inesperado, pues consideraban que Uruga era buen soldado y que no espondría á su ejército en un ataque dudoso cuando tan de cerca le seguía un enemigo temible. En aquel sangriento combate quedaron en las calles de Guadalajara más de trescientos heridos, y también lo fué el general Woll. Tal suceso contrariaba completamente la fundada creencia en que se estaba de que en ménos de un mes habría de sucumbir la reaccion. Las fuerzas rechazadas se retiraron á las barrancas llevándose veinte cañones, al mando de Ogazon, Valle, Zaragoza, Colombres, Farías y otros.

Para el partido constitucional no fué tan grande la pérdida personal de Uruga, pues se advertía que no daba mucho valor al Código de 1857, al gobierno de Juárez ni á la autoridad de Degollado. Habíase reunido Gonzalez Ortega con el jefe Chico Sein en San Luis, en tanto que el reaccionario Ramirez protegía los movimientos de Miramón; este jefe siguió á las fuerzas liberales rechazadas en Guadalajara, pero regresó pronto dejando encargada al general Castillo la persecución de sus contrarios. A poco volvió á partir para el Sur despues de imponer un préstamo, dirigiéndose contra las fuerzas de Valle y Ogazon apoyadas por las del jefe Rojas y situadas en Zapotlan y Sayula. Entretanto algunos batallones de serranos y de individuos cogidos de leva pasaron á Querétaro, y de México fueron enviados pertrechos; esa población y Guanajuato estaban continuamente amagadas por cuerpos considerables de constitucionalistas, siendo uno de los principales el que mandaba Berriozábal, situado en Celaya y Apaseo, cuyas fuerzas, en unión de las de Pueblita ocuparon á Guanajuato y pusieron de gobernador al Sr. Viezca; allí se unió á ellas con tropas procedentes de San Luis el jefe Enrique Ampudia; las fuerzas que mandaba el general Velez obligaron á Berriozábal á abandonar á Celaya y á dirigirse sobre Morelia; el general Ramirez volvió á ocupar á Zacatecas á principios de Junio, y el día 15 del mismo mes era derrotado por Gonzalez Ortega en la hacienda de Peñuelas. Los reaccionarios trataron de sacar de todos aquellos sucesos algun partido, relacionándolos con el rumor de que pronto volvería á

México Comonfort, segun un opúsculo publicado en los Estados-Unidos por sus partidarios; y como el regreso de Comonfort implicaba la división del partido liberal, esto era lo mismo que preparar nuevos triunfos á la causa reaccionaria.

Miramón llevó al Sur de Jalisco seis mil soldados y treinta y dos piezas de artillería, y le acompañaron los generales Mejía y Castillo. El Presidente reaccionario siguió por Santa Ana, Zacoalco y Sayula; pero las muchas lluvias le imposibilitaban practicar la campaña: los constitucionalistas se habían hecho fuertes en la cuesta de Zapotlan, en número mayor de ocho mil hombres dirigidos por el general Zaragoza; estuvo Miramón al frente de ellos algunos días, y tuvo que retroceder considerando que no podría vencerlos en tan buenas posiciones. La vuelta de Miramón á Guadalajara fué muy notable porque indicó que ya se había acabado al jóven general aquella temeridad impetuosa á la que debió tantos triunfos, y desde el momento en que se mostraba prudente no daba á conocer sino que su partido se encontraba débil; influyó en aquella retirada la circunstancia de haberse sabido la derrota de «Peñuelas.» Dejando en Guadalajara al general Castillo, retrocedió Miramón hasta Lagos, que ya habían ocupado y evacuaron las fuerzas de Gonzalez Ortega. Allí organizó sus tropas el jefe reaccionario y las aumentó; pero ya no podía comunicarse con la capital completamente rodeada de guerrillas. En Zacatecas continuó Gonzalez Ortega reuniendo recursos para seguir la campaña, y pasó á Aguascalientes donde se le unieron fuerzas de San Luis Potosí. Reunidos los constitucionalistas en Silao, acaudillados por los jefes J. M. Carbajal y F. Antillon, rechazaron al general Alfaro en un punto llamado «Los Cerritos» y se retiraron á Irapuato hácia cuya población marcharon las fuerzas reaccionarias al abandonar á Lagos y luego pasó Miramón á Leon, donde lo abandonó el Sr. Zuloaga que iba prisionero. Esa fuga alarmó al Presidente sustituto, quien mandó que en la capital se reuniera el Consejo de Estado y resolviera lo conveniente. Para los reaccionarios el asunto no podía ser más grave; se trataba de la desaparición del Presidente llamado al Poder por el Plan de Tacubaya reformado, que era precisamente el apoyo de legalidad para Miramón, nombrado sustituto por Zuloaga que podría destituirlo derogando el decreto de 31 de Enero de 1857, y era de temerse que fuera á nombrar otro Presidente sustituto. El Consejo resolvió que de todos modos Miramón quedaria de Presidente y que se debía desobedecer todo lo que mandara Zuloaga, puesto que así lo exigía el bien de la Nación y con ello se cumplía una necesidad y un deseo de la opinión pública; que la falta del uno no implicaba la cesación del otro, por no haber una ley que así lo expresara ni un principio que lo estableciera, y que por el contrario la necesidad y la conveniencia pedían que continuara Miramón en la Presidencia. Los partidarios de este jefe sostenían que había tomado el Poder limitándose él mismo el tiempo hasta que estuviera pacificada la República; y como esta circunstancia aun no se había logrado, debía seguir en el mando.

Todo el partido liberal daba por segura la pronta caída del gobierno reaccionario, y aun aseguraba que ya iba á terminarse el largo período en que se vió tan solo la ruina del país. Desde los triunfos de Pinos, Ixcuintla, Loma-Alta y Peñuelas y desde las retiradas de Veracruz y Sayula ya fué indudable el triunfo de la causa constitucionalista. La mayoría de la Nación cedía por fin á la constancia de los partidarios de la ley, quienes prometían que la tranquila voz del Código fundamental de 1857 reemplazaría al estruendo y al estrago de la guerra civil, sustituida con la lucha pacífica de las elecciones, de la prensa y de la tribuna, pudiendo el Código ser reformado conforme á las exigen-